

Varios

La cruz de sobrevivir en el país de las sombras*

Luṭfiyya al-DILAYMĪ

BIBLID [0544-408X]. (2009) 58; 373-382

LA AUTORA:

Luṭfiyya al-Dilaymī es licenciada en Filología Árabe. Ha ejercido como docente en la Escuela de Música y Ballet durante varios años y ha trabajado como Editora de la sección de “cuento literarios” en la revista *al-Talīf*, y como Directora-en-jefe de la revista literaria *al-Taḳāfa al-Aynabiyya*. Columnista en las páginas literarias de varios periódicos iraquíes durante años, Luṭfiyya al-Dilaymī preside actualmente el consejo editorial de la revista literaria *Hala* que se publica en Bagdad.

En 1992 fundó con otras intelectuales iraquíes del Foro Cultural de la Mujer en Bagdad. Es miembro fundadora de la Plataforma Cultural Iraquí y de la Asociación Iraquí para el Apoyo a la Cultura. En el año 2003, fundó en Bagdad El Centro Šab‘ād para los Estudios de la Libertad de la Mujer.

Ha publicados veintidós obras de narrativa y ha hecho también incursiones en el género teatral. Su obra se ha publicado en diarios y revistas árabes y se ha traducido a varios idiomas como el inglés, el polaco, el rumano, el español. Su novela ‘*Ālam ūn nisā’ al-wahīdāt* (El mundo de las mujeres solitarias) ha sido traducida al chino.

LA CRUZ DE SOBREVIVIR EN EL PAÍS DE LAS SOMBRAS

ENERO 2006¹

Las bestias ocultas viven en las densas sombras, y yo soy una mujer en contra del momento de la mudez, que intenta contar la vida en un momento de encantamiento. No me detengo solo en la aventura del vivir. Alumbro las densas sombras para desenmascarar la bestia oculta que nos acecha. Nada más bestial que la soledad. La

*. Traducción del árabe de Akram Jawad Thanoon y revisión de Pedro Rojo Pérez.

1. Este relato forma parte de una colección de relatos cortos escritos por 15 autores iraquíes (9 hombres y 6 mujeres), publicada con la colaboración del Comité Internacional de la Cruz Roja, bajo el título: *Yurūḥ fī šaḡar al-naḡīl. Qiṣaṣ min al-‘Irāq* (Heridas en las palmeras. Relatos de la realidad de Irak). Beirut: Riad El-Rayyes Books, 2007, pp. 205-217. (N.T.).

soledad no es lo mismo que el aislamiento. Es no ver a nadie salvo tu propia imagen repetirse en los espejos y reflejarse en el cielo hasta que dejes de poder ver el rostro del otro u oír su voz. Así es como estamos en Bagdad: nos replegamos sobre nuestras propias bestias y mandamos al otro al infierno.

Me arriesgo al vivir entre los jardines de la muerte, florecidos con cadáveres anónimos de cabezas decapitadas. Es una aventura ardua y fútil para una escritora que vive sola en medio de la carnicería. Voy lejos en mi soledad, y me veo cercada por ardides y encadenada a unos sueños sin magia. Me afano durante las mañanas de la muerte por conseguir una gota de petróleo.

Me acompañan los personajes de mi novela inacabada, las puñaladas de mis díscolos amigos y el terror de morir asesinada a causa de mi carné de identidad². Las estaciones de las flores de mi jardín casero discurren paralelas a mi tiempo, y se suceden una tras otra en el otro tiempo. Los ecos de la música conforman el trasfondo de la vida casera de mi soledad. Si no fuera escritora habría sido compositora de música para registrar la vida con mis melodías.

Parto desde la arena y los acontecimientos diarios de la sangre hacia *maqāmās*³, cánticos de amor y salmos de nuestros ancestros cuya civilización hemos traicionado.

No soy una en mi soledad. Varias mujeres proliferan dentro de mi piel, desde el comienzo del día hasta el crepúsculo. Sufro sus dolores en mis carnes y soporto la carga de su vivir y las tristezas de sus corazones, mientras la ciudad desplomada lanza su grito al viento y su capa sedosa se hincha de cenizas.

Mis mujeres solitarias persiguen mis tristezas mientras me alimento con una melodía de un compositor desconocido con quien aún no me he encontrado. Sueño que juntos registremos la vida en un molde poético y armónico para el futuro. Mis mujeres solitarias salen de mi libro para acudir a los velatorios celebrados entre una casa y otra. Las bellas y enamoradas muchachas de mis relatos se tropiezan con la muerte y con los artefactos explosivos y en sus pupilas se dibujan los rostros de sus amantes

2. En plena guerra sectaria, civil para algunos, desatada en Irak a lo largo de 2006, era una práctica frecuente asesinar a las personas a manos de las distintas milicias y bandas armadas tras pedirles sus carnés de identidad en los que los datos denotaban la filiación confesional de las personas y sus lugares de residencia. Nombres personales como ‘Umar y ‘Alī, por ejemplo, podrían llevar a los asesinos a deducir que son personas de la secta sunnī o šī‘ī, respectivamente. (N.T.).

3. Estructura modal que caracteriza el arte de la música de los países del Norte de África, el Medio Oriente y Asia Central. La palabra *maqām* en árabe significa lugar, la ubicación o rango. El *maqām* árabe es un tipo de melodía. Cada *maqām* se basa en una escala, y lleva una tradición que define su habitual contenido verbal, notas importantes, el desarrollo melódico y la modulación. Tanto las composiciones como las improvisaciones en la música tradicional árabe se basan en el sistema del *maqām*. Los *maqāms* pueden realizarse con música vocal o instrumental, y no incluyen un componente rítmico. Esta información, originalmente en inglés, procede de Wikipedia: http://en.wikipedia.org/wiki/Arabic_maqam. (N.T.).

devorados por la ausencia. Se estremecen ansiosas de que una mano humana las toque y apague la sed del cuerpo joven, cautivo entre la prohibición y la criminalización.

LA UNA DE LA MADRUGADA

Me despierto de un sueño perturbador, carente del placer de un descanso seguro. Me levanto de una ladera helada entre un despertar inquieto y un sueño anómalo jalonado por el sonido de disparos y escaramuzas frente a mi casa, seguidos por el estruendo de helicópteros. Por encima de éstos y aquellos, oigo el sonido de unos pasos extraños en el jardín trasero. Oigo un movimiento entre las higueras y los perales. Cierro bien las cortinas, me agarro a mis almohadas y escondo mi rostro en un aroma que tranquiliza los miedos del corazón, desprendido de una pequeña almohada rellena con flores de lavanda desecadas, y me pierdo en la ausencia de una visión sobre una próspera vida en otro Bagdad y en un tiempo distinto.

Me levanto sobresaltada por sonidos de explosiones. No recupero el sueño, sino que aguardo la llegada de la cuota nocturna: una hora de electricidad que transforma mi noche en una trastornada jornada de trabajo. Enciendo el calentador del agua, pongo en marcha la lavadora automática y los radiadores de aceite dentro de los cuartos de la casa para que conserven algo de calor para la mañana. Me ducho, me seco el pelo y empiezo a corretear entre las habitaciones para realizar quehaceres que precisan corriente eléctrica. Al poco rato, la oscuridad cae de nuevo.

Enciendo una vela y salgo al jardín para accionar el generador, mientras tiemblo de miedo por si hay un ladrón o un asesino al acecho entre la densidad de los árboles. Cuando logro poner el generador en marcha, ya son las tres de la madrugada y el sueño se habrá marchado a otros lugares abandonándome a un despertar temprano.

Me siento delante de mi escritorio, y me pongo a reformular algunos párrafos de mi novela. Redacto varios folios y me siento soñolienta. Me duermo sobre el sofá grande en mi despacho, tras cuidarme de mover el sofá lo más lejos posible de la ventana que da a la calle para ponerme lejos del alcance del fuego de los enfrentamientos eventuales.

Pongo una música que blindo mis oídos contra los murmullos y los sonidos sospechosos y contra el viento que sopla entre los árboles.

Cierro los ojos a un sueño con una vida menos mala y sonrío por mi sueño. La sonrisa se congela sobre mi rostro surcado por las lágrimas.

LAS CINCO Y MEDIA DE LA MAÑANA

¡Ay de la soledad del alma cuando se despierta en medio del desierto del tiempo!

Todos mis hijos están bajo un astro distinto en el planeta de los humanos. Uno en Suiza, otro en Alemania y la tercera en Jordania, mientras yo estoy aquí cautiva de mi insistencia en sobrevivir entre las posibilidades de la perdición y el enfrentamiento con la ruina. Respondo a las preguntas diciendo que estoy guardando testimonio de lo que sucede para la humanidad. Se ríen de mis razones y me dicen: tu permanencia entre los vivos es pura coincidencia; tu muerte podría convertirse en una pequeña noticia al final del boletín informativo de la tarde y te convertirías en una víctima de testimonio inútil.

Hago algunos ejercicios de yoga, y recupero cierto equilibrio de espíritu y cuerpo para iniciar el viaje de otra mañana más por la supervivencia entre las sombras vivientes que se ocultan dentro del silencio y el camuflaje de los nombres. Levanto las cerraduras de las puertas que he fortificado con rejas de hierro. Escudriño la escena exterior del jardín, de la calle y del cielo, y salgo al jardín antes del amanecer. Riego las flores, recojo margaritas amarillas y latania para mis floreros y pulverizo con agua profusa los naranjos amargos, las madreselvas, la enredadera del jazmín y la cica⁴, que se parece a mí en la soledad de resistir a la perdición.

Recojo del suelo del jardín y de sus caminos naranjas amargas para preparar licores de aromas orientales mezclados con jengibre, agua de rosa y esencia de almendra. Recolecto casquillos de balas de varios calibres caídos de las escaramuzas nocturnas, y percibo el olor de la muerte en mis dedos.

Corro tras una gata que había intentado colarse en la casa por una de las ventanas cuyo cristal se rompió anoche y me olvidé de reponerlo con planchas de corcho. Eran tres ventanales cuyos cristales cayeron con un estruendo aterrador al explosionarse un coche bomba en el cruce a unos ciento cincuenta metros de mi casa. Recojo los restos de los cristales rotos y les pongo leche a la gata y sus crías.

LAS SEIS Y MEDIA

Me preparo el desayuno y me lo llevo a mi sitio preferido en el jardín trasero, frente al limonero, la parra y las acacias con sus racimos de flores doradas. Pongo en marcha el surtidor de la pequeña fuente, adornada con una estatua de mujer en su centro, y me dejo extasiar, al segundo sorbo de mi taza de té, con el murmullo del agua en la pila de la fuente, con los perfumes del césped al despertarse y de los tulipanes. Los helicópteros Apache que vigilan nuestras vidas y nuestros días invaden mi mañana y descienden tan bajo que casi se encallan en las copas de las palmeras.

4. La cica es una planta muy antigua, se puede decir que se trata de un fósil viviente. Con más de 300 millones de años de existencia, aparecieron antes que los dinosaurios. Véase: <http://articulos.infojardin.com/plantas/cica-cyca-revoluta-sagu.htm>. (N.T.).

Las palomas y los cientos de gorriones que anidan en mis árboles se espantan desparvoridos y no paran de volar entre los árboles o de revolotear en círculos con un alboroto incesante.

Vuelvo a mi despacho con mi único momento de placer estropeado por los Apaches. Abro Internet, examino mi correo electrónico y contesto a algunos mensajes. Navego por los suplementos literarios de los periódicos *al-Nahār*, *al-Safīr* y de *al-Hayāt*.

Redacto las primeras líneas del editorial para el nuevo número de la revista literaria *Hala* de la que soy editora, y preparo para la publicación algunos de los artículos recibidos por correo electrónico.

Oigo sonidos de unas explosiones, ocurridas quizás en los barrios de *Bayyā'*, de *al-Ma'mūn* o de *al-Ŷāmi'a*. Pronto se anunciarán en la televisión y sabré entonces por qué caminos me dirigiré para acudir a la oficina central de la revista, puesto que las calles que conducen a las zonas de las explosiones estarán cerradas al tráfico, así como los accesos a las zonas colindantes.

LAS OCHO

Nos preguntamos unos por otros en el laberinto de la violencia y muerte. Cada uno de nosotros telefona al otro para tranquilizar en parte los temores del corazón por un eventual caso de secuestro o de muerte. A las ocho es la cita de mi llamada telefónica diaria a mi amiga, la pintora Hanā'. Acordamos citas puntuales cada mañana y a última hora cada tarde para confirmar que seguimos vivas. Hanā' contestó al teléfono: ambas disponemos pues de un día más para vivir y hemos de llenarlo como sea posible con alguna tarea. Hanā', que vive como yo una soledad elegida por ella misma, me pregunta:

— ¿Qué le pasa a tu voz? Apenas la reconocí.

— Desde anoche no he articulado ni una sola palabra. Mi voz está averiada por el desuso.

Me informa que irá a la Academia de Bellas Artes. Nos hemos acostumbrado a informar una a la otra de nuestros movimientos por si sufriéramos algún accidente o muerte fortuita. Hanā' me propone encontrarnos en una exposición de pintura celebrada en la Sala de Exposiciones Aṭar cerca de la Academia. Le digo que tengo compromisos de trabajo en la revista y en la Asociación Iraquí por la Cultura, amén de otras ocupaciones.

Reanudo el trabajo en mi novela.

LAS DIEZ

Apago el generador tras quedarse sin gasóleo. El jardinero Abū Aḥmad acude en su bicicleta, trayendo esquejes de zinia, jalapa y bulbos de amapolas. Juntos trabajamos en plantar promesas para la primavera y para el verano venideros.

Telefoneo a un taxista conocido —ya no nos fiamos de los taxis con conductores desconocidos. Le pido que me lleve al cristalero. Entrego a éste las medidas del cristal para las tres ventanas a fin de que lo tenga preparado y que venga a instalarlo en mi casa.

Me dirijo hacia el coche y un hombre con una barba poblada y una túnica corta se planta delante de mí y me grita en la cara, levantando un brazo como se estuviera a punto de bofetearme:

— ¡Cúbrete mujer y oculta tu pelo pecaminoso o tendremos que enmendar la deshonra de gente de tu calaña con la muerte!...

Me quedo pasmada ante semejante sorpresa. Retomo al aliento y le digo:

— Yo acepto la existencia de gente de tu calaña, y tendrás que aceptar a la gente como yo, pues *no hay coerción en los asuntos de la fe*⁵.

— No hay sitio para gente como vosotros... Una mujerzuela sin vergüenza... No merecéis vivir...

El chofer susurra: “dese prisa señora, dese prisa, estos no conocen piedad. Le ruego que se dé prisa y vayámonos de aquí”.

Se aleja aprisa en el coche, diciéndome: “No se meta con ellos en una discusión. Tenía que ignorarle...”

Nos detenemos ante los vendedores de gasolina del mercado negro, y aguardo una media hora bajo la lluvia en la cola para conseguir algunos litros de gasóleo para la estufa. Compro lo que me hace falta para el día, y regreso a casa con un alma amenazada de muerte, la ropa empapada, un enfado monumental y algunos litros de carburante.

LAS ONCE Y MEDIA

Me cambio de ropa mientras sigo temblando por lo sucedido. Llamo al chofer de la revista y él me informa de que la ruta entre los barrios de *Ḥārītīyya* y *al-Ma'mūn* está cortada, al igual que la ruta del aeropuerto, por lo que necesitaría algo más de una hora para llegar a mi casa por otros caminos. Telefoneo a otro chofer y me dice que ya tiene un compromiso con un hombre que se dedica a los tatuajes. Me explica que los jóvenes del barrio han decidido tatuar sus nombres y los números de los teléfonos de sus allegados para que éstos puedan reconocer sus cadáveres en caso de ser

5. *Corán*, II, 256. (N.T.).

asesinados, y evitar así ser considerados personas anónimas cuyos cadáveres terminan por ser arrojados en vertederos de basura o enterrados en cementerios ajenos.

Me acuerdo de que no llevo encima mi carné de identidad ni mi pasaporte, que suelo cuidarme de coger cada vez que salgo a la calle para que mi cadáver pueda ser reconocido si muriese en una explosión. Pero ¿de qué me servirá todo eso si muero calcinada con todo lo que lleve encima? Es posible que los transeúntes recojan mis restos en una bolsa de plástico y los entierren al lado de algún camino, en el mejor de los casos, o que mis restos mortales queden abandonados como festín para cuervos y perros.

Llega el chofer tras una larga espera para informarme de que fue tiroteado ayer por la tarde cuando iba camino de la imprenta con una de las empleadas de la revista. La policía le había parado para dejar paso a una columna de tanques americanos, al cabo de la cual uno de los agentes de policía le ordenó reanudar la marcha. Pero un soldado iraquí abrió fuego contra él y una de las balas atravesó el cuello de su camisa, justo por detrás del cogote. Había salvado la vida de puro milagro, pero la chica que llevaba en el coche perdió el conocimiento y él tuvo que llevarla al hospital, donde el personal sanitario se negó a atenderla con el argumento de que su coche había sido atacado por soldados, lo que significa que es una persona sospechosa.

Fuimos detenidos cuatro veces por patrullas de control. Atravesamos calles que estaban al rojo vivo por los tiroteos, cerca de la estatua de *Abū Yā'far al-Mansūr*⁶, rota ya por los extremistas. Cruzamos calles embarradas y caminos cicatrizados por alambres de espino que soportaban el peso de bloques de hormigón, antes de llagar a la calle *al-Kindi* donde está la sede de la revista. Pero encontramos el callejón cerrado al paso por ambos extremos, oímos una explosión que sacudió el coche y a nosotros dentro. Acababan de detonar un artefacto explosivo colocado en el arcén, cerca del edificio de la revista. Podríamos haber sido víctimas de aquel artefacto por una diferencia de dos minutos.

LA UNA

Los compañeros en el trabajo nos juntamos para deliberar acerca de las últimas novedades. Elaboramos el temario del nuevo número de la revista. Llegan nuestros huéspedes, del grupo de redacción de las revistas *Yadal* y *Masārāt*. Les habíamos invitado a tomar un té con nosotros para festejar la publicación del primer número de *Yadal*. Acuden amigos, escritores y académicos para discutir sobre la colaboración

6. Segundo califa abasí. Reinó de 754 a 775. En 762 fundó la nueva residencia imperial y la ciudad palaciega de Madīnat al-Salām (Ciudad de la paz), que con el tiempo se convertiría en la capital de Irak, Bagdad. (N.T.).

entre nuestras revistas con el fin de vencer los obstáculos técnicos, financieros y de impresión. Obsequiamos a los editores de las dos revistas con sendos ramos de flores. Nuestra charla suscita varios interrogantes a los que procuramos dar respuestas: ¿Cuántos problemas nos quedan por afrontar si seguimos publicando revistas literarias en medio de una situación explosiva y grave como la nuestra?

LAS TRES

Los miembros del comité fundador de la Asociación Iraquí para el Apoyo a la Cultura hemos de salir para acudir a una reunión, en la sede de la Asociación a la orilla del Tigris, cerca de El Manda, templo de los sabeos mandeos⁷, los habitantes más antiguos de Mesopotamia.

Damos los últimos toques al proyecto de las Culturas Iraquíes que pretende llevar a cabo un diálogo epistemológico entre las culturas de las distintas etnias, nacionalidades y religiones de Irak, así como concretar las características y los elementos comunes que han contribuido a enriquecer la cultura del país, en su desarrollo y diversidad.

LAS CINCO

De vuelta a la sede de nuestra revista en *al-Hārītīyya*. El servicio del Internet está bloqueado, y tengo que regresar a casa para realizar ahí algunas de las tareas de la revista. Llego a mi casa por la autovía del aeropuerto, al estar cerrados todos los demás accesos.

Pongo en marcha el generador de electricidad, e investigo si hay pisadas sospechosas en los corredores y los pasillos traseros de la casa. Voy dando bandazos debido a mi cansancio. Con los ojos cerrados, dejo caer mi cuerpo sobre el sofá.

¿Quién me daría una patria que no esté repleta de muertos y asesinos? ¿Quién me llevaría a una velada sin congoja donde pueda abrazar la música y quedarme dormida sobre el lecho de las olas? ¿Cuándo se callará la locura para poder pegar ojo? ¿Cuándo me van a abandonar las tinieblas para despertarme de la noche en la que vive el país? ¿Cuándo morirá la muerte para que pueda vivir? ¿Quién llamará a la puerta de mi soledad para cantarme las antiguas canciones de la nostalgia? Nadie... Nadie...

Pierdo el equilibrio bajo el peso de tanta calamidad, ¿quién meterá entonces un sol y una canción en mi médula? ¿Quién desgranará la granada y me la dará a comer granito a granito? ¿Dónde encontrar a un ser cariñoso que acaricie mis penas y alivie mi voz de tanto llanto? No hay nadie... Nadie.

7. Seguidores del mandeísmo: secta gnóstica que se desarrolló en los siglos I y II en las orillas del río Jordán. En la actualidad, todavía quedan mandeos en ciertas zonas de Irak. (N.T.).

Abandonaré, entonces, el día hacia la noche perturbada con sus guerras ciegas. Preparé la única comida que tomo durante el día, la mezclaré con tristeza y con el néctar de las flores de las adormideras que cultivo con abundancia en maceteros dentro del jardín cuyas semillas recojo para usarlas en los dulces y su néctar para las noches de insomnio.

LAS OCHO

Me quedo al acecho de las posibilidades de la muerte, pues ya no la temo tras haberme familiarizado con su presencia entre nosotros y tras ver a tantos muertos en las calles, delante de mi casa, sobre los puentes, o flotando sobre las aguas del Tigris como flores descompuestas.

Aguardo la aparición de un astro que alumbre mi horizonte, mientras mi cuerpo está en ascuas entre las promesas de la esperanza. ¡El teléfono! Hanā' me confirma su supervivencia y se tranquiliza al asegurarse de la mía. Dice: "Te mandaré la foto del último cuadro que pinté con pancartas negras y cartuchos vacíos de balas." Yo, por mi parte, le regalo un texto de una sola frase a título de imagen de lo que está pasando: una gota de sangre a tamaño de todas las civilizaciones.

LAS DIEZ

Escribo y escribo, procurando ignorar mi pánico. Oigo un grito espantoso y llamadas de pavor. Oigo a Umm Firās gritar: "¡Te han matado Firās!"

Lo dejo todo y salgo corriendo a la calle: Dos muchachos llevan el cuerpo de Firās con un orificio en la frente. Una de las mujeres me informa: Lo han encontrado junto con otros tres cadáveres en el barrio de *al- ʿĪmī'a*. Uno de los cadáveres es de una muchacha desnuda a la que han arrancado los ojos y le han clavado las pupilas con tornillos en las palmas de las manos, además de desfigurarle el cuerpo con quemaduras.

Lloro y lloro, me tomo una pastilla tranquilizante y suplico al tiempo que se mueva y avance, pero el tiempo se burla de mi súplica, al hallarme en un país que ya no es sino una sombra de un país viejo, sepultado por el ataque de millones de sombras de unas ánimas extrañas que se han entremezclado entre sí y han detenido el tiempo en el istmo de la locura. ¿Cruzaré el istmo hacia un tiempo que avance hacia adelante y no se deje atrapar por la llamada lasciva de las sombras? Quizás sea yo quien ha de avanzar sin mirar nunca atrás.